

Grupos vulnerables

Ética y vergüenza

Arnoldo Kraus

La pobreza y la desigualdad socioeconómica se han profundizado en el mundo, y han dado como resultado el crecimiento de los grupos humanos vulnerables. Con datos escalofriantes, el médico y escritor Arnoldo Kraus presenta un panorama gravísimo en torno a la condición de millones de personas a quienes las estructuras del poder no tienen interés en atender.

Tres ideas como preámbulo. Primera: Aunque no existen listados oficiales, en algunas naciones el número de personas pertenecientes a grupos vulnerables supera, o iguala, a quienes no lo son (varios países de África y Haití son ejemplos). Razones económicas, deseducación y racismo son causas frecuentes. Segunda: Los grupos vulnerables existen desde siempre. Su reproducción y la emergencia de nuevos subgrupos las determinan la fragilidad de la sociedad y la cambiante realidad del mundo. Tercera: Quienes manejan el poder, en la mayoría de sus formas —económico, médico, político o territorial—, generan, muchas veces, con intención, grupos vulnerables.

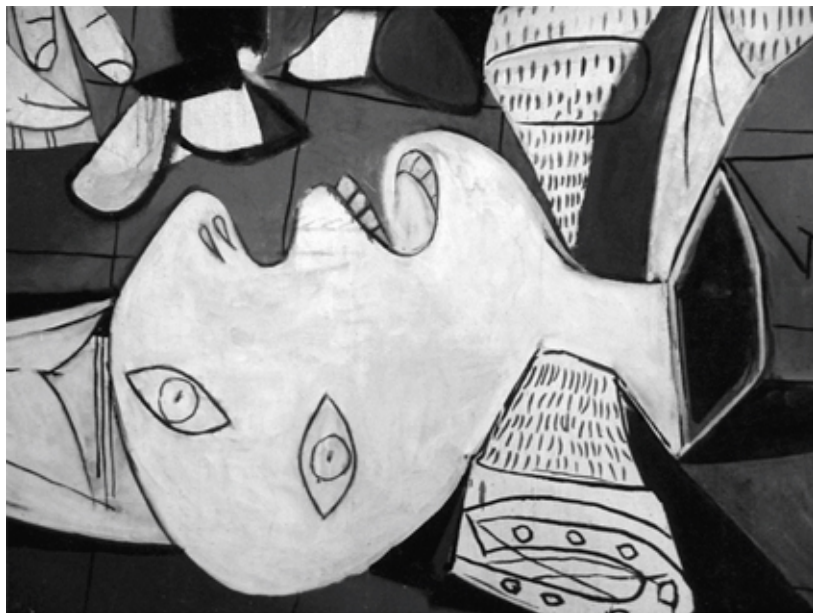
Los apelativos vinculados con vulnerabilidad —*semaforistas, ninis, levantados, narcomantas, desaparecidos*— son ejemplos que no se apegan a la inadecuada definición del término *vulnerable* propuesto por la Real Academia de la Lengua: “Que puede ser herido o recibir lesión, física o moralmente”. La definición es corta, inadecuada, extemporánea.

En 2013 el listado de grupos vulnerables es enorme. Enumero algunos: refugiados, desplazados, viejos, enfermos de sida, enfermos sin seguro médico, indígenas en incontables países, drogadictos, niños en situación de

calle, indígenas encarceladas por abortar “voluntariamente”, enfermos sin recursos económicos, jóvenes sin oportunidad de estudiar, negros en las salas de urgencia de Estados Unidos, trabajadores migrantes, trabajadoras domésticas, campesinos dependientes de las lluvias para sobrevivir, homosexuales, transexuales o personas con disforia de género —no sólo en la mayoría de los países árabes, sino también en Occidente—, niños y niñas huérfanos en África cuyos progenitores fallecieron de sida, familiares en México en busca de sus *desaparecidos* y que exigen justicia, los *desaparecidos* vivos pero *desaparecidos*, las jóvenes engañadas y sometidas a prostitución, los pobres encarcelados sin derecho a justicia y un largo, pero nunca definitivo, etcétera.

Cerrado el listado, destaco, como causas subyacentes de vulnerabilidad, a la pobreza económica y a la pobreza social que sufren las personas desprovistas de educación y de voz. Carecer de dinero y educación son temas que conciernen a la bioética. Pobreza económica y expolio ético explican esa realidad. Agrego unas palabras acerca de pobreza y vulnerabilidad, y unas más sobre la imposibilidad y fracaso de la ética en este amasijo de lacras.

La pobreza *in utero*, llamémosla desnutrición cerebral para simplificar, margina al afectado al minar sus



Pablo Picasso, *Guernica* (detalle), 1937

capacidades cognitivas; la pobreza heredada, llamémosla injusticia y expolio ético, margina a las personas para competir, ejercer su inconformidad y derecho de protestar. La miseria, en la que perviven miles de millones de personas en todo el mundo, las subsume y convierte en víctimas: poco o nada puede hacerse cuando guerras, sequías, guerrillas y problemas étnicos son los enemigos. Indignidad y pobreza no sólo implican vivir debajo del umbral de calidad de vida; implican no poder decir no, no competir, asumir dictados ajenos y abandonar el hogar para salvaguardar la vida. Esa realidad suma pobreza económica y expolio ético.

Un estudio reciente, publicado en la revista *Science* ("Poverty Impedes Cognitive Function", 341: 976-980, 2013), encabezado por la doctora Anandi Mani de la Universidad de Warwick, demostró, por medio de la ciencia, lo que la realidad, por medio de sus instrumentos, comprueba día a día: la pobreza equivale a disminuir 13 puntos el coeficiente intelectual o a sufrir las mermas que minan las vidas de los alcohólicos crónicos. Según la investigación, los pobres gastan su energía en la resolución de problemas inmediatos: pagar deudas económicas, disminuir gastos cotidianos y solucionar problemas caseros ocupan buena parte de su energía. Ese esfuerzo les impide educarse, entrenarse y manejar su tiempo, es decir, los convierte en personas endebles.

El término trampa de la pobreza hace alusión a ese entramado. No contar con medicina preventiva, no ingerir medicamentos prescritos, actuar con lentitud, no tener facilidades para acudir a citas, no ser productivo y no tener los elementos para ejercer una paternidad/maternidad adecuada son parte de esa trampa. "La pobreza en sí misma —escribe Mani—, al margen de la mala alimentación, el estrés o la influencia del entorno sociocultural, consume recursos mentales del individuo

y disminuye las capacidades cognitivas". El estudio del grupo de Reino Unido, Canadá y Estados Unidos comprueba, científicamente, los sucesos de la vida. El texto publicado en *Science* se escribe y reescribe todos los días en la sierra de Puebla o en El Mezquital.

La trampa de la pobreza, término también utilizado en epidemiología para describir otras situaciones, detiene y limita el desarrollo de las personas. Cuando la pobreza domina el entorno familiar, y no se ejercen o se carece de bienes como voluntad, educación, conocimiento, capacidad de movimiento, alimentación, techo, agua potable y transporte público adecuado, la proclividad hacia la vulnerabilidad aumenta. Dicho de otra forma, simple y real: decir no, o decir sí, determina la clase social del individuo y su posible o no vulnerabilidad. Decir sí, o decir no, divide. No tener la capacidad de decidir, ni decir sí, o no, con libertad, es, otra vez, producto del binomio pobreza económica y expolio ético. No contar con voz es signo patognomónico de vulnerabilidad.

Quizá Jean-Paul Sartre, quien prologó el libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la Tierra*, estaría de acuerdo conmigo. El libro, publicado en 1961, es una cruda visión del ser humano; en él, Fanon habla de los desheredados de la Tierra. En el prefacio, Sartre retrata el mundo actual: "No hace mucho tiempo, la tierra estaba poblada por dos mil millones de habitantes, es decir, quinientos millones de hombres y mil quinientos millones de indígenas. Los primeros disponían del Verbo, los otros lo tomaban prestado". Verbo y voz definen a los seres humanos cuya autonomía no se encuentra amenazada por otros seres humanos.

El universo de la pobreza y de los grupos vulnerables es enorme. Tan enorme como el mundo que los creó y los oprime. Las interacciones entre ambos universos son infinitas. Reescribo las propuestas iniciales: el mal uso del poder, en cualquiera de sus formas, cuando miseria y opresión son aliados y metas, merma, desgasta, y crea grupos lábiles, vulnerables o desheredados, como los denomina Fanon. Vulnerabilidad conlleva humillación. Quienes padecen humillación tienden a hundirse; salir y reconstruir sus vidas, y abandonar el mundo de la vulnerabilidad es difícil. La humillación sufrida por los grupos vulnerables divide al mundo en dos: quienes poseen verbo mandan; quienes se subsumen por el silencio impuesto callan, son víctimas. Tres ejemplos de grupos vulnerables esquematizan las disquisiciones previas.

Primero. En la mayoría de los países, incluso en naciones del primer mundo, la calidad de la atención médica varía mucho; Estados Unidos, como ejemplo. Cuando se comparan con blancos, hispanos y negros no cuentan ni con la misma calidad de servicios ni con la misma protección brindada por seguros médicos. In-

cluso, en situaciones individuales, en las salas de urgencias, siguiendo el proceso denominado *triage*, los blancos tienen preferencia. No tener seguro médico es más frecuente en la población pobre; no contar con protección médica significa no prevenir y no atender las enfermedades a tiempo. Es decir, enfermar “más” por ser pobre y tener menos posibilidades de lograr una recuperación completa.

El binomio enfermedad y pobreza es un cáncer disseminado, agresivo, *in crescendo*, que le resta a las víctimas posibilidades de competencia y desarrollo. La dupla pobreza y enfermedad es una suerte de infierno. La suma de ese binomio no es aritmética, es geométrica. El futuro y adscripción de quienes nacen pobres y malalimentados son los grupos vulnerables. Niños en situación de la calle, prostitución infantil o juvenil, drogadicción o dejar escuela y trabajar en el campo desde la infancia son fenómenos cada vez más comunes. Llamarlos, o no, grupos vulnerables, amén de las connotaciones miopes propias del neoliberalismo, es cuestión ética.

Segundo. Abandonar casa y país de origen es un fenómeno casi tan viejo como la historia de la humanidad. Lo añejo del problema aviva el entuerto y expone las torpezas del género humano y la imposibilidad para alcanzar acuerdos. Quienes abandonan su historia y tierra dejan algo malo —muerte, pobreza, violaciones— en busca de algo menos malo. Repasar las imágenes actuales de los sirios que dejan sus casas, o revisitar Darfur, ejemplifican, *in vivo*, el sufrimiento de refugiados y desplazados. Los refugiados apuestan sin certezas. Apuestan a la posibilidad de salvaguardar la vida: se alejan de la

muerte para instalarse en un ámbito inseguro y frágil, con la idea de preservar la vida propia y la de la familia.

La ACNUR es la agencia de la ONU encargada de los refugiados y el 20 de junio es el Día Mundial de los Refugiados (¿quién habrá inventado esa manía inútil de calendarizar incontables fechas para llamar la atención sobre tragedias humanas, incluyendo a algunos grupos vulnerables?). En 2013, según ACNUR, el número de refugiados alcanzó la cifra récord de 44 millones, de los cuales 16 millones son refugiados (personas que abandonan sus fronteras), 27 millones desplazados internos (personas que abandonan hogar pero no país) y cerca de un millón de seres humanos en busca de asilo. A las cifras previas deben agregarse entre cuatro y doce millones —la variación depende de la fuente citada— de apátridas en 64 países. Refugiados, desplazados, asilados y apátridas son grupos altamente vulnerables: sin dinero, sin trabajo, sin posibilidad de movimiento, esos seres humanos conforman subgrupos de personas diferentes. ¿Cuál es el término adecuado para describir a un ser humano que ha sido despojado de su autonomía, libertad y dignidad? Recuerdo una fotografía de un niño de aproximadamente dos años, tomada en Darfur: caquético, doblado, sin vida, inmóvil, vigilado de cerca por un buitre, a uno o dos metros de distancia, en espera del último suspiro.

Los refugiados huyen de los conflictos armados y sociales de su país, intentan escapar del hambre y de la pobreza, de persecuciones y de violaciones a los derechos humanos. Esa realidad convierte a refugiados y desplazados en seres vulnerables. Dante encontraría en esos



Pablo Picasso, *Minotauro y Caballo*, 1935

grupos nuevas evidencias para sustentar sus argumentos: los refugiados, sin dinero ni pasaporte, sin techo seguro ni alimento suficiente, y sin posibilidad de movimiento, entre otras indignidades, son seres inermes, endeble. Ni la mejor epifanía ni el discurso más docto los salva. Su supervivencia depende de organizaciones como ACNUR.

Los desplazados internos conforman otro grupo. En Colombia la cifra asciende a cuatro millones; en México, donde información gubernamental y mentira son sinónimos, se calcula que hay 300 mil a raíz de la mal denominada guerra contra el narcotráfico. Por la pobreza, muchas familias dejan todo con tal de salvaguardar la vida, y la deriva asociada al desplazamiento forzoso los convierte en presas fáciles y víctimas, *ergo*, en grupos vulnerables.

Tercero. El aborto como problema. En México es obligación ética citar nuestra realidad. Al hablar de aborto, riqueza y pobreza demarcan dos poblaciones diferentes; dentro de las pobres, las indígenas conforman otro subgrupo. Hoy, bajo la égida del PRI, la grisura del PAN y la mediocridad del PRD, encarcelar a mujeres indígenas por el delito de abortar es frecuente, a pesar de que en muchos casos no es sencillo diferenciar entre aborto involuntario y voluntario. Diecisiete estados penalizan el aborto. En algunos casos, la sentencia prosigue incluso si el embarazo fue por violación, o si el producto padece malformaciones incompatibles con la vida o si la vida de la madre peligra por ser precaria su salud. Son muchas las indígenas encarceladas por el supuesto delito de abortar.

A diferencia de quienes abortan en clínicas privadas, en las clínicas provistas por el gobierno del D. F., o en Houston, las indígenas mexicanas encarceladas son brutalmente vulnerables: ser pobre, indígena, mujer y sin derecho a la justicia conforman un nudo imposible de desanudar. Un nudo tejido en México por religiosos fanáticos y políticos fanáticos producto del trinomio compuesto por ineficacia, corrupción y falta de educación. Ese complejo nudo, en el caso de las mujeres indígenas, las condena a la cárcel por periodos largos: cárcel para ellas y para sus hijos, muchos de los cuales quedan absolutamente desamparados.

El *quid* del aborto es uno de los grandes y complejos quehaceres de la ética. Tres ideas. Primera: La autonomía, principio rector de la bioética, se ejerce con dificultad cuando se es pobre. Segunda: El problema no radica solamente en si una mujer tiene o no derecho de abortar; radica en que el Estado se adjudique el derecho de obligar a la mujer a dar a luz. Es imprescindible recordar al siniestro Nicolae Ceaușescu quien, en su afán por engrandecer a Rumania, obligaba, aunque no lo deseasen, a las mujeres a continuar sus embarazos: los médicos a su servicio, cuando las madres padecían ane-

mia, les transfundían sangre con jeringas no desechables, procedimiento que acabó con la vida de muchas de ellas, pues se usaba sangre contaminada con el virus de la inmunodeficiencia humana. La película *Cuatro meses, tres semanas y dos días* (2007) de Cristian Mungiu presenta con veracidad y crudeza las peripecias de una estudiante para abortar en forma clandestina. Tercera: Algunos médicos al servicio del Estado mexicano, cuando se trata de mujeres indígenas, no cumplen su función: estigmatizan y culpabilizan antes de estudiar y escuchar. Dejan bata y se decantan por *su* fe; laboran al servicio de leyes confesionales.

* * *

Los grupos vulnerables se reproducen con celeridad. El libro *Handbook of Social Work Practice with Vulnerable Populations*, editado por Alex Gitterman (Columbia University Press, Nueva York, 1991) es una especie de *Biblia*. Mi lista es pequeña frente a la de Gitterman. El libro tiene dos grandes capítulos. El capítulo “Condiciones que hacen vulnerable la vida” incluye los apartados: sida, alteraciones del aprendizaje, alcoholismo y adicciones a otras drogas, depresión, trastornos de la alimentación, enfermedades crónicas y discapacidades, retraso mental, esquizofrenia y personalidad *borderline*. El capítulo “Eventos y circunstancias que hacen vulnerable la vida” incluye los apartados: embarazo en adolescentes, descuido y abuso infantil, personas sin hogar, suicidio y conductas suicidas, encarcelamiento, violencia doméstica, niños adoptados, víctimas de crímenes, muertes de niños, viejos que requieren terapias prolongadas, cuidadores de viejos frágiles, inmigrantes, refugiados y trabajadores en faenas peligrosas. El listado de Gitterman fue escrito en 1991. Ese universo crece sin cesar.

Al inicio de estas reflexiones enumeré algunos grupos: trabajadoras domésticas, niños en situación de calle, homosexuales y transexuales, niñas y jóvenes sometidas a prostitución; sugiero otros: víctimas de fanáticos religiosos, mujeres sometidas a infundibulación, niños soldados, prisioneros en China, pobres en India que venden córneas o riñones para alimentar a la familia, mujeres que alquilan su útero en países pobres, etcétera. Me refugio en el etcétera, no por falta de ideas; lo hago, más bien, como expresión de una enfermedad inacabada y sin visos de finalizar. Las reflexiones de Gitterman, actualmente director del Programa de Trabajo Social de la Universidad de Connecticut, son crudas: “Los trabajadores sociales lidian en la actualidad con poblaciones profundamente vulnerables, sobrepasadas por vidas opresivas, y por eventos y circunstancias para los cuales no cuentan con herramientas para controlarlos. Con frecuencia los problemas son intratables por ser

crónicos y persistentes, o agudos e inesperados. Cuando el apoyo comunitario y familiar es débil o inexistente y cuando los recursos internos son escasos o inadecuados, estas poblaciones son vulnerables a todo tipo de deterioro: social, físico, cognitivo y emocional”.

Erróneo es no dedicar unos párrafos a los “Ni-Ni” (o *ninís*). Los “Ni-Ni” conforman el sector de la población que *Ni estudia Ni trabaja*. El grupo lo constituyen jóvenes entre 18 y 28 años. En México se calcula que 25 por ciento de los jóvenes de esas edades pertenecen a esa camada; en números, casi ocho millones. Nuestra nación ocupa el tercer lugar con más *ninís* de los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.

La problemática que enfrentan los *ninís* es responsabilidad de la sociedad que no los acoge: presas de frustración, tanto por su edad, como por la humillación al no poder colocarse en el medio laboral o educativo, los *ninís* constituyen un grupo altamente vulnerable. Su condición social los excluye y margina. La desocupación, su infructuosa búsqueda de algún lugar en la comunidad, ya sea en la Universidad o en algún trabajo, así como el despecho tras solicitar sin éxito empleo, llenar formularios de trabajo, hacer filas y acudir a entrenamientos y enfrentar exámenes, genera frustración y desadaptación social.

La suma de esos factores, aunados a improductividad, tristeza, enojo y desprecio hacia la sociedad, los convierte en presa idónea de la delincuencia; enlistarse en las filas del narcotráfico, de grupos de secuestradores o ladrones es un camino conocido e incluso lógico. Las alternativas económicas ofrecidas por el narco son remedio contra la marginación y la depresión. No sobra recordar que buena parte de los gestores de la ahora mal llamada primavera árabe eran *ninís*.

Años atrás, se creó en Inglaterra la sigla NEET: *Not in Employment, Education or Training* (“ni trabaja, ni estudia, ni se entrena”); ese término fue ideado para sustituir el peyorativo *estatus cero*, cuyas connotaciones negativas eran evidentes. En 2013 el informe del Global Employment Trends for Youth de la International Labor Organization sugirió suplir NEET por NLEET, que profundiza en la descripción de este grupo: *Neither in the Labor Force, not in Education, Employment or Training* (“no en la fuerza laboral, no en la educación, empleo o entrenamiento”).

Los *ninís* son un grupo vulnerable en expansión. Su frustración genera odio, y siempre una gran antipatía contra la comunidad. Su vulnerabilidad y su posterior inserción en la delincuencia organizada han creado una espiral difícil de parar. Para quienes no pertenecen, ni tienen hijos en esos grupos, las ideas de Birgitta Jónsdóttir, diputada del Partido Pirata Islandés, pueden sonar exageradas. Sin embargo, buena parte de los *ninís*



Pablo Picasso, *Cabeza de mujer llorando con pañuelo II*, 1937

seguramente aprobarían la idea de Jónsdóttir: “El capitalismo no se puede cambiar, se tiene que destruir”.

Grupos vulnerables y ética conllevan múltiples interacciones. Al inicio de este escrito sugerí que la historia de los grupos vulnerables empieza (casi) con la historia del ser humano. En el marco confesional, la mordida de la manzana bíblica, o del fruto según la versión judía, demarca el inicio del fenómeno de la vulnerabilidad: la mordida prohibida abrió la puerta para señalar a quienes no se atienen a dictados divinos. En el marco del laicismo no es fácil trazar el origen de la vulnerabilidad. Se inicia, pienso, cuando emergen diferencias entre las posesiones de unos y otros, diferencias, con el tiempo, insalvables. Si bien la vulnerabilidad no está determinada ontogénicamente (Kant dice que el Mal sí lo está) las conductas de los seres humanos son semilla para generar labilidad.

* * *

El número y los subgrupos de grupos vulnerables han aumentado. Las interacciones entre pobreza y vulnerabilidad son vastas. En el libro de Joseph E. Stiglitz, Premio Nobel de Economía, *El precio de la desigualdad* (Taurus, 2012), los editores en español agregaron un subtítulo demoledor: “El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita”. En la edición en inglés se escogió

otro subtítulo: “De cómo la división de la sociedad hace peligrar el futuro”. Las cifras no engañan: 99 por ciento *vs.* 1 por ciento es un abismo insondable.

El crecimiento de la población y el inadecuado manejo de la economía por la inmensa satrapía política (pocos se salvan) que rige y ha regido el mundo son suficientes para entender la razón fundamental de la miseria. Las acciones de políticos ladrones e ineptos, y el crecimiento desmesurado de la población explican la situación actual. En 1800, había mil millones de habitantes; en 2000, 6 mil millones; en 2012, 7 mil millones. La realidad, representada por miseria e incontables bocas que alimentar, la crudeza de la sierra de Puebla, la del desierto de Zacatecas, la de Mozambique, la del tren La Bestia, la de Guatemala, la de Sierra Leona, la de Yemen o la de Darfur, basta para desmentir los discursos del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y de las organizaciones internacionales dedicadas a la alimentación. Esas poderosas organizaciones aseguran, año tras año, que el problema no es la falta de alimentos, sino su mala distribución. Quienes mueren de hambre —en México fallecen cada día 23 personas— no entienden esos discursos.

Pobreza y vulnerabilidad son asuntos éticos. No pueden no serlo. Las lacras de la pobreza son lacras humanas. Prostituirse, ser niño en situación de calle, abandonar el hogar, ser enfermo y morir por carecer de recursos, no contar con techo, con letrinas o con agua potable, no comer proteínas en la infancia y otros factores propios de la pobreza impiden el desarrollo del ser humano, alteran la calidad de vida y denigran. La imposibilidad de educarse también es asunto ético. Quienes no reciben educación son propensos a maltrato; con dificultad pueden vislumbrar un futuro digno. Quienes no se educan tienen acotada su autonomía y su libertad; la libertad es también meta de la ética. Quienes violan la autonomía e impiden la libertad niegan la humanidad de la persona. Bien decía Schopenhauer: “lo que distingue al hombre del animal es la maldad. Para la crueldad, el engaño, la envidia y la malevolencia de todos tipos se requiere inteligencia”.

Dentro de los principios de la bioética destacan autonomía y justicia. Los pobres excepcionalmente son autónomos y nunca, o casi nunca, tributarios de justicia. La pobreza es tierra fértil para el poder: genera dependencias insanas y promueve injusticia. Anular autonomía y justicia atenta contra la ética. Kant consideraba a la autonomía personal como el principal rasgo humano. “El hombre —sostenía Kant— tiene dignidad, no precio”. Sin justicia, sin autonomía y sin dignidad es fácil robarle su vida a las personas. En ese entramado, ¿es correcto llamar a un ser humano persona?

Christian Felber, joven filósofo y psicólogo austriaco, propone crear una economía del bien común, donde

ética y economía se sumen. Sugiere limitar la desigualdad; limitarla también es cuestión ética. El problema radica en cómo hacerlo. Felber aduce “que la ciencia nos motiva más fuerte que la competencia; que el ser humano tiene una sensación de justicia innata y que la capacidad de compasión, empatía y el impulso espontáneo de ayudar a otro son propias de nuestra especie; incluso —agrega— los bebés de dos años muestran esas inclinaciones”.

¿Tiene razón Felber? ¿Cómo ignorar, cuando hablamos del Mal y de las vejaciones que padecen los grupos vulnerables como consecuencia de esa actitud, las ideas de Primo Levi o Robert Antelme, ambos supervivientes del nazismo? Levi, tras su experiencia en los campos de concentración, describió una zona gris, un espacio en el cual “se extingue todo residuo de piedad hacia el otro”, mientras que Antelme aseveraba que “la figura humana deja de conmover”.

En *La economía del bien común* (Deusto Ediciones, 2012), Felber retoma una idea de Marx. Sugiere que los líderes económicos pondrán freno *motu proprio* a su voracidad, pues, de no ser así, “vamos a desembocar en una guerra civil. Para ellos, tampoco esa es una buena perspectiva, así que prefieren limitar la desigualdad a perderlo todo y perder la paz” (no concuerda con la palabra “prefieren” de Felber; debería ser: “deberían preferir”). Repensar las ideas de Felber —limitar la desigualdad— y bregar por un modelo social en el que la diferencia de renta entre ejecutivos y operarios no sea tan grosera —en 2011 alcanzaba la escandalosa cifra de 325 a 1, mientras que en 1965 era 24 a 1— son acciones imperativas.

Para disminuir el número y el abanico de grupos vulnerables es fundamental enseñar a los pequeños, en casa, en la escuela, durante la infancia, las bondades y necesidades de la ética laica. No imagino otro camino: los modelos políticos, económicos y religiosos han fracasado.

En 2013, el número y los subgrupos de grupos vulnerables han aumentado. Razones fundamentales son la desigualdad económica y los intereses de la mayoría de las formas del poder, los que, abierta o soterradamente, maniobran para someter a las personas. No educar, no democratizar ni distribuir el conocimiento, expulsar a los ciudadanos de sus casas, no proveer de agua limpia a la población, no alimentar a madres que amamantan, no encarcelar a banqueros o políticos ladrones, son algunas de las razones por las cuales, en la actualidad, la Tierra alberga dos poblaciones: una vulnerable y otra no vulnerable. La primera es mayoría. La segunda es responsable de la primera. La inadecuada definición del término *vulnerable* de la Real Academia Española (“Que puede ser herido o recibir lesión, física o moralmente”) no es responsabilidad de sus académicos; es responsabilidad de las conductas humanas. **U**